

Ocaso

Don Felipe, como cada día después de las clases en la facultad, tomaba su maletín y se dirigía hacia el metro. Siempre elegía el mismo asiento, con ventana para observar la ciudad cuando el tren salía a la superficie. Se sentaba, abría el periódico, y lo usaba como excusa para observar de reojo a los demás pasajeros. Al anunciarse la parada anterior a la suya, guardó el periódico y se preparó para levantarse. Notó que solo quedaban él y una chica con el pelo teñido verde intenso.

<<Parece tensa>>, pensó al observar sus manos aferradas a la barra, mostrando el blanco de sus nudillos.

- Próxima estación: Europa – anunciaron los altavoces.

Don Felipe se dispuso a levantarse, cuando otra voz interrumpió por la megafonía:

- La próxima estación está fuera de servicio por obras. Disculpen las molestias.

Con un resoplo, se volvió a sentar. Al oírle, la chica se sobresaltó y lo miró con alarma.

- Usted no debería estar aquí – le dijo, su tono firme y asustado.
- Así es, pero parece que no tengo otra opción – respondió don Felipe resignado.

De repente, la chica se puso de pie y se acercó a él.

- Esto no debería estar ocurriendo – murmuró con inquietud.
- Le aseguro que el periódico no decía nada sobre estas obras... – intentó explicar don Felipe.
- ¡Silencio! – le ordenó ella.

En ese momento, las luces del vagón se apagaron justo cuando el tren entraba en un túnel. Unos instantes después, se volvieron a encender.

– ¿Qué hace ese aquí, Eurus? – preguntó una voz desconocida.

Don Felipe notó la presencia de otras dos jóvenes. Una tenía el pelo teñido de rosa y la otra, de azul claro. Ambas se encontraban frente a la chica del pelo verde.

– Dejadlo, no ha hecho nada – dijo Eurus.

– Vaya, parece que Eurus se ha vuelto blanda, defendiendo a los humanos – se burló la chica de cabello azul.

– Es inocente, dejadlo en paz – insistió Eurus, colocándose entre las dos y don Felipe, como protegiéndolo.

– Pues ya conoces las reglas. Que no quede rastro. Y más te vale hacerlo bien para que la Señora no se entere – advirtió la del pelo rosa.

– Lo que queráis, pero dejadlo en paz – repitió Eurus.

Las luces del vagón se apagaron repentinamente. Cuando volvieron a encenderse, don Felipe se encontraba solo. Por los altavoces, se anunció:

– Próxima parada: Ocaso. Final del trayecto.

El tren redujo la velocidad y se detuvo. Don Felipe se bajó en una estación desierta, sin letreros y cubierta de densa niebla. Al salir a la calle, preguntó a un viandante cómo llegar a su casa y dirigió hacia su hogar.

A la mañana siguiente, don Felipe se acercó a la estación de Europa. Para su sorpresa, no había señales de obras. Cuando preguntó a la taquillera por una estación llamada Ocaso, le miró con extrañeza.

– ¿Está usted bien? – le preguntó –. No existe ninguna estación con ese nombre.

<<Debió ser un sueño>>, pensó el viejo profesor.

Cuando llegó el tren, tomó su asiento habitual, junto a la ventana.

Kinami